



Staal del

Imp. F. Chardon, rue de Valenciennes, Paris.

Paul Girardet sc.

DUQUESA DE MAINE

No responderé de que sea tan amable como la precedente; pero, ya que estamos en ello, tomemos tambien una princesa, una hada. La duquesa de Maine lo era, y de las más singulares: merece ser estudiada, ella y su existencia de princesa, en su pequeña Corte de Sceaux, adonde se nos aparece como una de las extremas y más raras producciones del reinado de Luis XIV, del régimen monárquico llevado al exceso. La duquesa de Maine nació el año 1676 y murió el de 1753, no hace todavía un siglo (1). En estos cien años se ha realizado bastante grande revolucion en el orden y el gobierno de la sociedad, así como en el conjunto de las costumbres públicas, para que la existencia y la vida que llevaba esta pequeña reina antojadiza casi nos parezca como un cuento de las *Mil y una Noches*, y para que uno se diga formalmente: « ¿ Y era eso posible? » La Bruyère presagiaba y veía ya alguna cosa de ese cambio profundo que estalló despues, cuando decía: « Mientras que los grandes descuidan conocer nada de lo que

(1) Esto fué descrito el mes de diciembre de 1850.

conciérne, no digo solamente á los intereses de los príncipes y á los negocios públicos, sino á los suyos propios; miéntras que ignoran la economía y la ciencia de un padre de familia y hacen alarde ellos mismos de esta ignorancia... algunos ciudadanos de dentro y de fuera del reino estudian el gobierno, se hacen sagaces y políticos, conocen á fondo la situacion de un Estado, procuran colocarse mejor, lo consiguen, se elevan, se hacen poderosos, alivian al príncipe de una parte de los cuidados públicos; y esos mismos grandes, que ántes los desdñaban, ahora los veneran y se tienen por dichosos si llegan á ser sus yernos. » Esa revolucion que La Bruyère hacía entrever así bajo la forma de acuerdo amistoso y de transaccion, ya se sabe que no se ha realizado tan pacíficamente. Por bien parecer, La Bruyère decia de los grandes lo que no se hubiera atrevido á decir de los príncipes mismos. Los recién venidos no todos han sido tan acomodaticios como los advenedizos del tiempo de La Bruyère. Todo no ha concluido con una *boda*, y desde 1789 hasta 1850, todavía se está buscando el equilibrio entre lo que resta del principio de la sociedad antigua y las pretensiones cada vez mayores de la moderna.

La duquesa de Maine, con todo su talento, no sospechaba nada de esto y ni siquiera pensaba en tales cosas; creía en sus derechos de nacimiento, en sus prerogativas de *semidios*, tan firmemente como en el sistema de Descartes y en su Catecismo. Luisa Benedictina de Borbon era nieta del gran Condé. Su hermano, el señor Duque, tuvo por preceptor á La Bruyère y ella pudo aprovecharse de esto en algunas cosas. Presto se hizo notar por su excelente lenguaje, su agudeza y su ansia de saber, y como su hermano, tenia rasgos propios del ingenio de su grande abuelo. Pero debe notarse que el alma de un héroe, cuando se divide y despedaza en cierto modo entre sus descendientes, produce á veces formas singulares, ó aun monstruos extraños. Todo es considerable en estas grandes almas, los vicios como las virtudes. Todo defecto que, en el jefe, se hallaba contrapesado y contenido por una alta cualidad, se desenmascara de repente en los descendientes y aparece desmesurado. No tenia el gran Condé en el fondo del alma nada

ménos que esa *bondad* natural que Bossuet elogió en él; pero su grande espíritu y su animoso corazón encubrian muchas cosas. Sin embargo, habia que guardarse de contrariarle en ciertos momentos; pues era de carácter violento y despótico, y le irritaba fácilmente la contradicción, aun cuando no se tratara sino de las obras del ingenio. Boileau lo echó de ver cierto día que no opinaba como él. « En adelante, decia, siempre seré del mismo parecer que el señor Príncipe, sobre todo cuando no tenga razón. » En general, los descendientes del gran Condé (la historia puede decirlo hoy, puesto que se ha extinguido la raza) no fueron buenos. La brutalidad, que rayaba en ferocidad, se traslucía ya en el que llamaban señor Duque (el nieto) y en ese otro señor Duque, que fué primer ministro despues del Regente; en el conde de Charolais ya se dejó ver sin disfraz. La violencia, la imposibilidad de sufrir ninguna contradicción se marcaban en ellos con rasgos enérgicos y frenéticos. El espíritu del grande abuelo se sostuvo sin embargo con distincion todavía y se distribuyó en brillantes particillas en la persona de más de un vástago. La duquesa de Maine fué bajo este respecto una de las mejor dotadas. Debe notarse que en este grado tan próximo la raza se empobrecia ya físicamente y que de ello se resentia la estatura. La duquesa de Maine, lo mismo que sus hermanas, era casi enana; era una de las más altas de la familia y no parecia sino una niña de diez años lo más. Cuando el duque de Maine se casó con ella y tuvo que escoger entre las hijas aun solteras del señor Príncipe, prefirió á esta porque tenia quizas algunas líneas más que su hermana mayor. No las llamaban las *princesas* de la sangre real, sino las *muñecas de la sangre real*.

El duque de Maine que, en 1692, á los veintidos años, se casaba así con la nieta del gran Condé, de edad de diez y seis, era el primogénito de los bastardos que Luis XIV habia tenido de madama de Montespan. Este principillo, tiernamente educado por madama de Maintenon, que era como su verdadera madre, habia sido formado segun el ideal de la fundadora de Saint-Cyr. Tenia inteligencia, un lenguaje excelente, dulzura y aiabilidad en su trato, y era habitualmente juicioso

y sumiso; en una palabra, pertenecía á esa clase de sujetos que son perfectos temprano, que no se descarrían jamas y que nunca llegan á hacerse enteramente hombres. Era pateta por vicio de humor, lo que aumentaba su timidez natural en sociedad. Instruido, pero sin verdaderas luces, jamas debían traspasar sus ideas el círculo exacto que le habia sido trazado desde su nacimiento. Tampoco la duquesa, por más curiosa, atrevida, imperiosa y fantástica que fuera, debía ir más allá de ese horizonte; y todos sus atrevimientos y todos sus arranques caprichosos se contuvieron siempre en el seno de la esfera artificial y mágica donde se exaltaba sin salir de ella.

El día que Luis XIV, cediendo al deseo de su hijo, le permitió casarse, no pudo ménos de decir, con ese buen sentido de régia preocupacion: « *Esas gentes* no deberían casarse jamas. » Preveía la confusion y los conflictos que esa raza equívoca de *bastardos legitimados* podia introducir en el orden monárquico, que era entonces la constitucion misma del Estado. No obstante accedió, y hacía el fin hizo todo lo posible para acrecentar esa misma confusion con los favores y prerogativas que concedió profusamente á esas ramas parásitas y adúlteras.

Apénas se hubo casado la duquesita, no sólo dominó á su tímido esposo, sino que le redujo en todo á su voluntad. Soñaba para el porvenir gloria, grandeza política, poder, y entre tanto quiso vivir lo más á su gusto y soberanamente que pudiera, hacer lo ménos posible por los demas, satisfacer todos sus caprichos, y finalmente tener una Corte propia donde no brillara ningun astro rival del suyo. Este sueño de su imaginacion no lo realizó por completo hasta que el duque de Maine compró á los herederos de M. Seignelay la posesion de Sceaux, por 900,000 libras, é hizo de ella su Chantilly, su Marly y su Versáilles en miniatura (1700).

Entre los preceptores que habia tenido el duque de Maine, habia un tal M. de Malezieu, hombre instruido, que sabía matemáticas, literatura, griego, latin, que improvisaba versos, ideaba espectáculos, entendia hasta los negocios, y « reunia en su condicion servil, ha

dicho Lemontey, las ventajas de una medianía universal. » Este M. de Malezieu, que llegó á ser el personaje esencial de la Corte de la duquesa, su oráculo en todo género, y de quien se hablaba en Sceaux como de Pitágoras: « *El maestro lo ha dicho,* » debía seguramente tener más de una cualidad; pero es difícil formarse hoy idea cabal de su mérito. Miembro de dos Academias, de la de Ciencias como también lo fué de la Academia francesa, ha sido celebrado por Fontenelle que no le pondera demasiado y nos lo muestra con su *temperamento robusto y de fuego*, llenando todos los empleos menores. Voltaire, más vivo, ha hablado de él como de un hombre cuyo genio no habia sido extinguido por la erudicion más profunda: « Tomaba á veces delante de Vuestra Altesa Serenísima (*madama de Maine*) un Sófocles, un Eurípides, y acto continuo traducía en frances una de sus tragedias. La admiracion, el entusiasmo de que estaba poseido, le inspiraban expresiones que correspondian á la varonil y armoniosa energía de los versos griegos, cuanto es posible acercarse á ella en la prosa de una lengua sacada apénas de la barbarie... Sin embargo, M. de Malezieu, con esfuerzos que un entusiasmo súbito producía y una recitacion vehemente, parecia suplir á la pobreza de la lengua y poner en su declamacion el alma entera de los grandes hombres de Atenas. » Tales elogios deberían dar alto concepto del personaje; pero no olvidemos que Voltaire se expresa así en una Epístola dedicatoria. Las *Memorias* de madama de Staal (de Launay) nos hacen ver á M. de Malezieu bajo un aspecto ménos halagüeño: ceremonioso, demostrativo y chabacano, sin gran discernimiento en el fondo, cuando este discernimiento le era inútil y el entendimiento tenía necesidad de que le auxiliara en ello un poco de corazon. Segun todas las apariencias, era M. de Malezieu uno de esos hombres á quienes presta actividad un temperamento robusto y que combinan con ella la sagacidad; que con un caudal primitivo, extenso y sólido, de conocimientos que no aumentan, se dedican en seguida únicamente á ponerlo en circulacion en el mundo y á sacar partido y provecho de él cerca de los grandes. Era un hombre instruido y de talento que sólo podia pasar por un genio entre una

pandilla de platiqueros. Esta pandilla la encontró en Sceaux, y á fuerza de movimiento é invencion, supo llenarla, durante más de veinticinco años, de la idea de su mérito y de su sublimidad. Á tres leguas de París, se decia sin reir : ¡el gran Malezieu!

M. de Malezieu habia sido una de las causas de la adquisicion de Sceaux. Enriquecido ya con las liberalidades de la Corte, tenia una bonita casa de campo en Châtenay y en ella recibió á la duquesa de Maine, que le honró con su visita en el verano de 1699, durante la permanencia de la Corte en Fontainebleau. Hubo juegos, fiestas y fuegos artificiales continuos en honor suyo, todo ello preparado con un aire de inocencia propio de la edad de oro. Las poblaciones del contorno tomaban parte en estas alegrías con cantares y danzas; entónces se gozaban las primeras dulzuras de la paz de Ryswick. La duquesa hizo allí sus ensayos de esa vida de hechicería y mitología á que cobró tanta aficion que ya no quiso tener otra, y al efecto le ocurrió la idea de poseer todo el valle. La descripcion que hizo de esta primera permanencia uno de los colegas de M. de Malezieu, el abate Genest, y que dirigió á la señorita de Scudéry, es bastante picante y nos muestra el origen de ese largo juego pastoril que ha de ser la existencia misma de la duquesa. Habia sorpresas galantes á cada paso, juegos inocentes á cada hora; se jugaba á la ninfa, á la pastorcilla; se preludiaba á las futuras prodigalidades jugando tambien á la economía: « El señor duque de Maine se quejó al salir del juego, nos dice la Relacion, de que habia perdido *dos escudos*; las princesas aplaudieron su suerte por haber ganado casi otro tanto. » En estas fiestas y en las que se renovaron en el mismo sitio los años siguientes, se ve á M. de Malezieu hacer maravillosamente los honores de su casa, llenar y animar como hombre universal toda esta pequeña esfera. Se concibe que fuera digno de ser á la vez el Molière, el Descartes y el Pitágoras del reino de Liliput.

La señora duquesa de Maine, ha dicho Fontenelle, queria que hasta en los placeres hubiera agudeza, novedad, y que la alegría tuviera *chispa*. Cuando se lee hoy la relacion de estas fiestas en la Recopilacion

titulada *las Diversiones de Sceaux*, se reconoce, en medio de tantas insipideces, que M. de Malezieu empleaba en ellas esa *chispa* que queria la hada.

Presto todo el lindo valle de Sceaux fué una especie de dehesa de la duquesa, su reino pastoril y su *Tempe*. No podia dejarse ver en él sin que el *Silvano de Châtenay* y la *Ninfa de Aulnay* vinieran personalmente á rendirla homenaje; hasta en Plessis-Piquet habia tambien su especie de divinidad campestre. El abate Genest habia escogido allí su ermita, de donde venia á hacer sus devociones á la *Señora de Sceaux*.

¿Pero quién era ese abate Genest? Una cosa muy singular y muy divertida, os lo aseguro, el ménos solemne de los académicos franceses (pues era uno de los Cuarenta), y el más difícil de ser celebrado en sesion pública. D'Olivet suplió al elogio oficial con una carta familiar. El abate Genest era, como Sócrates, hijo de una comadrona; habia comenzado su carrera en el comercio, haciendo la pacotilla, despues habia estado preso en Lóndres, luego fué copista, preceptor, chalan, secretario del duque de Nevers, y en medio de todo eso, aficionado á las cosas del ingenio y haciendo versos con facilidad y con jovialidad naturales. En la Academia francesa obtuvo un accesit y un premio de poesía en 1671 y en 1673; esto le dió á conocer. Se ingirió cerca de Pellisson, y por medio de él, cerca de los preceptores del Delfin, Bossuet y los demas. Asistió á las Conferencias de física del famoso Rohault, y por una ocurrencia bastante bizarra, se dedicó á poner en verso la filosofía de Descartes. En suma, conoció á M. de Malezieu, que se aficionó á él, le *utilizó* y le hizo su compadre en sus juegos y diversiones poéticas de sociedad. El abate Genest era cerca de los príncipes lo que les ha gustado en todo tiempo (aun en el nuestro), una mezcla de poeta y bufon. Se reían de él y se prestaba á la risa; tenia una singularidad de las más notables, y por cierto nada nociva á su fortuna: era una nariz inmensa, pero una nariz de que, al parecer, no se puede formar idea alguna. ¡Cuántas veces no se habian burlado el duque de Borgoña y el de Maine como unos escolares de esta nariz

de su preceptor! El mismo Luis XIV se puso una vez carialegre y se rió con risa natural al presenciar una travesurilla que le hicieron á este abate de nariz régia. Gracias á este y otros méritos que por abreviar omitimos, tanto en Châtenay como en Sceaux y Saint-Maur era menester que el jocoso abate figurara en todas las fiestas campestres y bucólicas.

La duquesa de Maine estudiaba el Cartesianismo con M. de Malezieu; leía con él y por medio de él á Virgilio, Terencio, Sófocles y Eurípides, y presto pudo leer parte de estos autores, al ménos los latinos, en el original. Estudiaba además la astronomía, siempre con el universal M. de Malezieu, que sabía de ella más de lo que era necesario para explicar la *Pluralidad de los Mundos* de Fontenelle; ponía el ojo en el telescopio y también en el microscopio, se instruía en toda cosa por pasión, humorada ó capricho, pero sin llegar por eso á ser más ilustrada en general. En medio de todo eso representaba en la comedia y la vida pastoral á cada hora del día y de la noche, sugería ideas para que las pusieran en madrigales sus dos poetastros, el eterno Malezieu y el abate Genest, invitaba, convidaba á una multitud de escogidos en derredor suyo, ocupaba á cada cual, no sufría ninguna demora en el menor de sus deseos y se agitaba con una *diablería* infatigable, pues lo que más temía era tener que reflexionar y aburrirse un solo instante. En medio de estas veladas y de estas noches en blanco de la duquesa, no se pensaba en el sueño; habíala persuadido de que este sólo había sido hecho para los simples mortales.

En lo que dice relación á la literatura que, de cerca ó de léjos, es siempre nuestro objeto, el inconveniente de este género de vida tumultuoso era en el fondo su incompatibilidad con el verdadero gusto. El verdadero gusto discierne y examina; tiene sus tiempos de descanso, y escoge. Aquí el talento natural lo hacía todo, pero no se discernía, ni se escogía: la duquesa representaba indiferentemente *Atalia*, *Ifigenia en Táuride* (traducida fielmente de Eurípides), ó *Azanelh*, esposa de José, en la tragedia de *José*, compuesta por el abate Genest.

¿Qué le importaba á ella, con tal que se hiciera ruido á sí misma,

que sintiera toda su emoción y que reinara? Comparábanla con las más grandes reinas que se habían distinguido por su afición á las ciencias, con la reina Cristina, con la princesa palatina Isabel, la amiga de Descartes, y hasta le otorgaban la primacía. El presidente de Mesmes (que fué primer presidente del Parlamento) le dirigía con las estrenas versos que había hecho escribir en estilo caballeresco, en estilo jocosero, según la moda del momento, y en los cuales se calificaba de *muy poderoso Emperador del Indostan* escribiendo á la *más que perfecta Princesa Ludovisa, Emperatriz de Sceaux*. Por ambas partes la mojiganga era completa. Aun mirándose en el espejo, se creía bella la duquesa, pero no podía disimularse que era pequeña. En la época de su casamiento habían hecho para ella un émblema y una divisa: una *abeja* con estas palabras tomadas de la *Aminta* del Taso: « *Picciola si, ma fa pur gravi le ferite...* Es pequeña, pero hace crueles heridas (1). » Esto dió ocasión más tarde, en los primeros tiempos de su residencia en Sceaux, para formar una sociedad compuesta de aquellas personas que con más frecuencia tenían el honor de ir allí, con el título de *Orden de la Abeja*. Se redactaron reglamentos y estatutos, y se grabó una medalla que todos los de la Orden debían llevar colgada de una *cinta de color de limón*, cuando fueran á Sceaux. Muy ambicionada fué esta señal de distinción. Treinta y nueve personas fueron nombradas y prestaron el juramento exigido: se juraba por el monte Himeto, y ese día se representaba algún episodio de la Grecia.

Entre tanto, la última guerra de Luis XIV, la de la Sucesión de España, había estallado ya é iba cundiendo por Europa; la fortuna comenzaba á ser adversa; los pueblos agotaban su hacienda y su sangre; el duque de Maine no se ilustraba en el ejército por su va-

(1) Hé aquí el pasaje mismo de la *Aminta* (acto II, escena primera):

Picciola è l'ape, e fa col picciol morso
Pur gravi e pur moleste le ferite.

lor; pero la duquesa, radiante de esperanza y orgullo, se divertía y jugaba siempre en Sceaux. Nadaba, dice Saint-Simon, en la alegría de su futura grandeza. El esplendente brillo de lo que llamaban las *grandes Noches* de Sceaux, corresponde á esos mismos años de desastres. El escándalo de estas fiestas y diversiones ruinosas era tanto mayor ó por lo ménos tan irritante, cuanto que á las desgracias de la Francia se habian agregado las de la real familia; pero la muerte de los principales herederos directos acercaba al duque de Maine al poder, ó aun al trono mismo, y cada escalon ménos en el orden de sucesion legítima, era un progreso más en el camino de la fortuna. Sabido es que la debilidad de Luis XIV, importunada por la de madama de Maintenon, esta nodriza más que madre del duque de Maine, llegó hácia el fin de su reinado hasta el punto de igualar en todo los bastardos con los príncipes legítimos de la sangre real, á declararlos en definitiva hábiles para suceder al trono, y que si su última voluntad se hubiera cumplido, reservaba al duque de Maine el papel más influyente en la futura Regencia.

Los curiosos pueden buscar en la Recopilacion llamada *de Maurepas* (Biblioteca nacional) las coplas y villancicos sangrientos de que fueron objeto el duque y la duquesa de Maine con motivo de estos favores odiosos; estas coplas tienen poca chispa y son, en general, demasiado escabrosas para citarlas aquí. Se hacen en ellas muchas malas suposiciones acerca de esta duquesa, de quien hablaban sus poetas oficiales como de *la moderna Penélope*. Sólo diré dos palabras acerca de este asunto delicado. El señor Duque (de Borbon), hermano de la duquesa de Maine, cobró mucha aficion á esta durante cierto tiempo; esta clase de gustos no eran raros en la familia de los Condés. El hermano y la hermana se dirigian de Saint-Maur á Sceaux versos galantes que la duquesa de Maine hacía rimar á Malezieu y á Genest, y que Chaulieu y La Fare escribian por otra parte para el señor Duque. Por fin llegaron á reñir, pero ya habian charlado bastante y cantado muchas coplas. Quizas fueron acusados sin razon pues se lee en una de las cartas en verso de la duquesa de Maine:

« Lo que entre los mortales es una impudencia, entre nosotros, semidioses, no pasa de honesta galantería. »

Después de estos dichos con respecto al señor Duque, se habló tambien algo del presidente de Mesmes, á quien la duquesa queria atraerse para gobernar el Parlamento por medio de él. Pero de todos los favoritos, parece que el más acepto fué el cardenal de Polignac y hasta se citan fragmentos de cartas que se suponen decisivas. Este cardenal, de presencia tan agradable y de imaginacion tan distinguida, parecia haber nacido ex profeso para esta Corte á la Rambouillet. Seguía ocupándose siempre en su gran poema, el *Anti-Lucrecio*, en el cual sostenia en versos latinos los buenos principios de la teología y de la moral: solía leérselos y explicárselos á la duquesa, y el duque de Maine se complacia en traducir algunos de sus cantos. No obstante, un dia que este príncipe enseñaba un canto traducido á la duquesa, ella se impacientó y le dijo: « Veréis como una bella mañana os encontráis al despertar en el número de los miembros de la Academia francesa, y el duque de Orleans de Regente del reino. »

En efecto, en medio de esta vida de juegos y comedias, iba desarrollándose la ambicion, pues en este cuerpo enano, en este extracto del gran Condé, habia ímpetus del mismo furor civil. Con estos seres aparte que se creen de la estirpe de Júpiter, no se debe hablar jamas de sentimientos de humanidad ó de patriotismo: la nacion y el mundo estaban hechos para ellos; lo creían sinceramente y por lo tanto obraban á cara descubierta. La duquesa de Maine se lo habia declarado, en visperas de la Regencia (1714), á dos duques y pares á quienes habia llamado á Sceaux para hablar de las *eventualidades*, como diríamos nosotros y ella no decia; pues si pensaba mal, hablaba mucho mejor que nosotros. Queria asegurarse un partido en el Parlamento y prepararse allí auxiliares para el caso en que se suscitaran objeciones contra el derecho que creía tener adquirido. Al ver que aquellos á quienes se dirigia callaban ó se expresaban con cautela, se puso enfurecida, cosa que le sucedia siempre que encontraba la menor resistencia, y les dijo: « que cuando se habia adquirido apti-